

a su índole, una actualidad precaria, a pesar del momento en que América vive. De todo el contenido, el que perdurará y nos ilustrará más largamente, será sin duda el que concierne a los propios Estados Unidos, a sus hombres de gobierno y a la política internacional de esos gobernantes. Al menos este tema debe conocerlo el autor perfectamente, y merece que al respecto nosotros nos atengamos en todo a su autoridad.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



FRANCISCO MIRANDA, por *Wolfram Dietrich*. Edit. Ercilla. Santiago. 1942.

<https://doi.org/10.29393/At202-16FMLD10016>

Es realmente admirable la forma cómo Wolfram Dietrich, ha penetrado en la idiosincrasia americana, para reflejar en este maravilloso libro todos los aspectos más notables de la agitada existencia de Francisco Miranda, en que se aunan prodigiosas facultades de soñador, de hombre de acción y de aventurero en el sentido más alto de esta palabra.

Se advierte inmediatamente el amor con que Dietrich ha escrito este libro, que se lee con el interés de la más apasionante novela. Se apodera del personaje y va con él por todos los rincones del mundo, para mostrar al lector los triunfos, los errores y las caídas de este americano que parece llevar—valiéndonos de la frase de Ortega y Gasset—a la zaga y como un can dócil su destino. Porque Miranda es el hombre que dirige su destino de acuerdo con sus caprichos y el cálido fluir de sus ideas. Su paso es de la estrella refulgente que atrae todas las miradas. En Europa su nombre queda ligado a los acontecimientos más importantes de la historia. Era un mago que le sorbía el seso a las mujeres más bellas y distinguidas de su tiempo y un tipo fascinador que sabía conquistarse la amistad de todos los hombres que le interesaban, por encumbrada que fuera su posición política, militar o social.

Pero en lo interno, aquel estupendo hijo de América, llevaba un ideal que no abandonó jamás. El ideal de libertad para América que sufrió a el duro yugo del coloniaje. Y de esta convicción no le pudo apartar ni el peligro de que sobre su cuello cayera el filo de la guillotina, como le ocurre cuando es general de los ejércitos de la Convención y el inquieto Dumouriez pretende enredarlo en su famosa traición a la República francesa que se debatía en las terribles disputas de Girondinos y Jacobinos.

Comienza Francisco Miranda como capitán de los ejércitos de su Católica Majestad el Rey de España. Graves disenciones con algunos de los jefes casi arruinan su carrera, Pero la amistad del noble Coronel Cajigal es el poderoso escudo que lo salva de los más difíciles trances. Pero a la larga, las intrigas que en su contra se ejercitan ante la Corte de Madrid, lo relevan de todo compromiso de honor con España. Y entonces se dedica a recorrer el mundo, encontrando en todas partes apasionados afectos y simpatías que le llevan a actuar en primer plano.

Es de este modo como Miranda recorre Italia, donde se afina su cultura artística y luego a Alemania, país en el cual perfecciona sus conocimientos militares. Su prestancia, su simpatía es como un torrente magnético que le atrae la amistad de los más emcumbrados personajes de los países por donde pasa. En Rusia Catalina II trata de convencerlo de que se quede en el puesto que desee en su ejército imperial. La Emperatriz no fué ajena a la fascinación personal de Miranda. Cuando éste se va, lo nombra Coronel de su ejército y da orden a todos sus Embajadores de protegerlo en cualquier momento de peligro y considerarlo como miembro de la Embajada.

En Inglaterra es amigo de Pitt, y se habla de sus amores con Lady Stanhope, pariente del poderoso ministro. En Francia es General de los ejércitos de la Convención y derrota en varias ocasiones a las tropas húngaras y austriacas que operan en Bélgica y los países Bajos. Envidias y rivalidades en las cua-

les toma parte Robespierre casi lo llevan a la guillotina, de la cual se libra sólo cuando logra probar que nada tiene que ver con la traición de Dumouriez.

Y por fin pasa a América, en donde comienza a realizar todos aquellos sueños que han agitado su corazón. Pero su estrella se nubla en estas tierras en cuya libertad vivió obsesionado. Lo derrota Monteverde, aquel general canario que no tenía mayores conocimientos del arte de la guerra. En medio de aquella tormenta de ambiciones de libertad, de locas y absurdas equivocaciones, el propio Bolívar creyéndolo traidor lo toma prisionero. Y cuando Monteverde se apodera de Puerto Cabello, Miranda está en prisión. De ahí lo mandan a Puerto Rico y finalmente a Cádiz. Es, como dice Dietrich: el águila con las alas rotas que ya no podrá volver a alzar su portentoso vuelo.

El libro ha sido traducido al español, por Manuel López-Rey y Enrique Blanco.—LUIS DURAND.



BOULDROUD, cuentos por *Teófilo Cid*. Ediciones «Mandrágora», 1942

La nueva prosa chilena—cuento, novela—ha seguido dos vías bien marcadas: Una de tipo social, otra de tipo criollista. Para el conocedor de nuestra literatura no sería cosa de acertijo aislar a los cultores de una u otra doctrina. No nos hemos propuesto tarea semejante. A lo sumo, la de señalar las características dominantes del cuento, de la novelística chilenos. Sin embargo, no podríamos otra cosa que reconocer la estrechez, la limitación, lo mezquino en variedad de aspectos que la anterior observación implica.

La obra de Teófilo Cid, y primigenia, viene, pues, a romper esa estrechez, a extender y profundizar aquellos reducidos